

# Dios

JESÚS GONZÁLEZ REQUENA

## God

### Abstract

First principle of Text Theory: a thing for which there is a name exists as the effect caused in the Real realm by the word that names it. The monotheistic God is the first non-tribal God who allows to introduce the concept of equality among all human beings in the chaotic universe of the Real. In the sphere of the relations between human beings, the most absolute power relation is that established between a mother and her baby. This power increases with the collapse of the fatherhood function, this being the only institution able to contain such an absolute power. Contrary to what Modernity had anticipated, the death of God has not led to the reign of rationality, rather it has resulted in the return of the ancient madness goddesses. Both Nazism and Stalinism generated paranoiac States, the cohesion of which was built on the love for the Mother Country, tribal goddess who demands bloody sacrifices. Likewise, many outstanding contemporary works of art show signs of the fatherhood function collapse and the enthronement of such maternal deities.

**Key Words:** Text theory, psychoanalysis, anthropology, philosophy, psychosis.

## Un enunciado paradójico

De Dios se dice que no existe<sup>1</sup>. Ahora bien, ¿qué quiere decirse cuando se dice de algo que no existe? ¿No es éste, en sí mismo, un enunciado paradójico? Pues en él se dice que algo es nada –Dios es nada. Ahora bien, si es algo, ¿cómo va a ser nada? ¿En qué quedamos entonces, es algo o nada? Algo no es nada. Algo es algo. Sólo nada es nada.

No pretendo hacer un juego de palabras. Pretendo, por el contrario, llamarles la atención sobre la confusión que origina esta paradoja: la idea de que pueda ser nada –es decir: no ser– algo que, sin embargo, tiene un nombre.

¿Cómo podría tener nombre *una nada*? Sólo *algo* puede tenerlo: pues todo lo que tiene nombre es *algo* que tiene nombre. Es decir: todo nombre lo es de algo –eso, me reconocerán, va con la definición misma del nombre.

<sup>1</sup> Conferencia presentada en el 3º Congreso Internacional de Análisis Textual, Universidad Complutense, Madrid, 15/4/2005.

¿No les parece lógico lo que les digo? Pienso que sí. Pero a la vez creen que no se trata más que de un sofisma. Porque la mayor parte de ustedes piensa que hay palabras que no nombran nada. Pero, ¿están seguros?

Veamos un ejemplo: los fantasmas. Seguramente ustedes piensan que los fantasmas no existen. Pero si meditan en ello más despacio, se darán cuenta de que se equivocan.



*¡Camila!*



*¡Has vuelto!*



Pues los fantasmas son esas entidades, sin carne ni hueso, desde luego, y si ustedes quieren, imaginarias, que protagonizan los delirios del psicótico. Y bien: no por ser imaginarias dejan de existir: constituyen, por el contrario, para el psicótico, el contenido de vivencias mucho más intensas que las generadas por esas cosas normales que forman parte de lo que llamamos la realidad. Como tales, los fantasmas son cosas materiales: poseen la materialidad de los procesos psíquicos –y neuronales– que los hacen posibles.

Como ven, en cuanto piensan en ello más despacio, empieza a resultar dudoso eso de que haya palabras que no nombren nada. Pero es más: ¿no se han dado cuenta de que si afirman eso, que *hay palabras que no nombran nada*, me están dando ya la razón? Pues, *si no nombran nada*, es que *sí nombran algo*.

¿Cómo deberían formular la cuestión para no darme la razón? Ensayen: verán que es imposible. Intentarán enunciar cosas como ésta: “*Hay palabras que nombran nada*”. Pero en seguida constatarán que es imposible decir eso: que *hay palabras que nombran nada*. Pues, para eso, sólo hay una: muy precisamente, la palabra *nada*.

Y es que el español es una lengua muy sabia: sabe que *nunca pasa nada*, es decir, que siempre pasa algo. Que por más que usemos la palabra *nada*, por más que digamos que *no es nada*, que *no nos pasa nada*, que *no pensamos en nada*, siempre hay algo. Siempre *nos pasa algo*, siempre *pensamos en algo*.

Y, por lo mismo, por más que digamos que hay palabras que *no nombran nada*, sucede, precisamente, que *no nombran nada*, sino, necesariamente, *algo*.

### **El primer principio (materialista) de la Teoría del Texto**

El motivo de esta reflexión no es otro que presentarles el primer principio de la Teoría del Texto, que dice así: todo aquello para lo que hay un nombre es algo y, por tanto, existe. Existe, cuando menos, como el efecto mismo que la palabra que lo nombra produce en lo real.

Pues esto es lo que da su sentido a este primer principio: que las palabras, todas y cada una de las palabras, desde el momento en que existen, producen efectos en lo real.

¿Les parece idealista mi discurso? Yo les diría en cambio que es uno de los pocos discursos realmente materialistas. Pues habitualmente se tiene por materialista pensar que las ideas son el efecto inmaterial de los hechos y procesos materiales.

Deberán disculparme, pero eso me parece bien poco materialista: así formulada la cosa, sigue existiendo una dimensión inmaterial, la de las ideas, por más que se la conciba supeditada a esa otra dimensión, la de las cosas materiales, a la que se concede el papel determinante.

La teoría que les propongo es, con respecto a eso, mucho más materialista: sostiene que las ideas son algo en sí mismo material: su materialidad es la de las palabras que las hacen posibles.

Y a este propósito quisiera llamarles la atención sobre el punto ciego, propiamente idealista, del discurso de la modernidad: no concede, a las palabras, materialidad alguna. Lo material sería, según ella, tan sólo aquello que las palabras nombran, pero nunca ellas en sí mismas. Asombrosa confusión.

Pues bien, permítanme un experimento: *Dios*.

¿No es material la palabra que acabo de pronunciar? ¿No ha sido material la vibración sonora que ha atravesado la sala y golpeado los tímpanos de ustedes?

Hoy sabemos que la materia es energía. Pues bien, ¿es que acaso no han percibido cómo esa energía sonora, tras recorrer su red neuronal, ha producido una huella en su cerebro que ha hecho emerger, y por cierto que en la mayor parte de ustedes con irritación, una huella más antigua que estaba ya ahí presente?

Me disculparán ustedes nuevamente, pero deben reconocerme que lo que no existe no produce irritación.

Ergo: Dios existe, en tanto les irrita.

La suya es una existencia –como todas, recuérdenlo, les hablo en materialista– material. Pues éste es después de todo el auténtico principio materialista: que sólo lo material existe. –Y que todo lo que existe, por existir, es material.

Permítanme un segundo ejemplo. La palabra *utopía*. Nombra, como ustedes saben, lo que *ahora* no tiene lugar. Mas no por ello deja de ser algo: es algo que ahora no tiene lugar. Pero desde el momento en que nace una utopía –y recuérdenlo: para que nazca es necesario que nazcan las palabras que la nombran– todo cambia en el mundo: pues esa utopía constituye una magnitud energética: focaliza la energía de los hombres y esa energía surca lo real. Lo transforma.

De manera que, después de todo, Dios es algo, existe.

Y por cierto que la suya es una existencia no sólo virtual, sino propiamente material: como materiales son los textos en los que su presencia se manifiesta.



Esto, al menos, me reconocerán ustedes: que la palabra Dios y sus figuraciones plásticas y visuales constituye una de las presencias más repetidas e insistentes en la historia de los textos.

### Los dioses de lo real

Ahora bien, ¿qué es Dios?

Dos modos hay de responder a esa pregunta. El uno es metafísico: responde definiendo las propiedades esenciales de cierto tipo de ser. No esperen eso de mí: como les he dicho, soy materialista. Y como materialista, el mío es necesariamente el otro modo: el histórico. Pues todo lo que existe comienza a existir en un cierto momento del tiempo y, desde entonces hasta que desaparece, es objeto de una serie de transformaciones, para las que corresponde, valga la redundancia, la calificación de históricas.

Ensayemos, así, a responder a la pregunta sobre lo que Dios es. Comenzaré llamándoles la atención sobre uno de los signos más notables de su novedad: que nació en un mundo en el que de antiguo existían ya muchos dioses, pero que, a la vez que nació de ellos, lo hizo en oposición a ellos.

Ellos, los dioses que lo precedían, eran los dioses de lo real –y ésta es una idea que debe ser atribuida más a Bataille que a Lacan–: encarnaban, para los hombres de entonces, todo aquello que escapaba a su entendimiento y que por eso mismo temían tanto como admiraban. Porque eran dioses de lo real, eran muchos: tantos, al menos, como cosas y energías fascinaban, subyugaban y aterrorizaban a los hombres. Y nada tan razonable por lo demás, como esto: pues lo real es en sí mismo múltiple, variado, imprevisible y multifacético.

Y bien, desde el primer momento, los hombres se pensaron a través de sus dioses: en ellos cifraban su relación con lo real –y por eso, también, su relación con lo real que en ellos mismos habitaba: es decir, su propio cuerpo pulsional. –No piensen tan sólo en las divinidades más primitivas. Incluso en *La Iliada* las conductas de sus héroes oscilan en función de los dioses que les visitan o abandonan.

### Dios, el único

Les decía: nada tan razonable como eso. Lo realmente sorprendente, casi inconcebible, es la aparición, en un momento dado, frente a los dioses, de Dios, el único.

Probablemente esto les parezca a ustedes un cambio regresivo, reaccionario, nada multicultural, como se dice ahora. Pero sucede que fue, exactamente, todo lo contrario: pues sólo la idea de un Dios único para todos los hombres pudo introducir, en el universo caótico y siempre diferente de lo real, la idea, absolutamente contranatura, de la igualdad de todos los hombres.

Merece la pena detenerse en cosa tan asombrosa, pues es un hecho que no encontrarán ustedes en el mundo dos seres iguales. Por el contrario, es un hecho empírico que todos los hombres son no sólo diferentes sino también, seamos claros, desiguales.



¿Qué es lo único que los iguala? ¿Qué los dota a todos de una misma dignidad? Sólo una cosa: el ser hijos de un mismo padre sagrado.

Y el ser, en esa misma medida, todos y cada uno de ellos, sagrados: pues hijos de un padre sagrado y habitados por el alma sagrada que él les ha dado.

Esa fue la revolución cristiana: suprimió el esclavismo y los sacrificios humanos –que eran siempre, como se sabe, sacrificios de los otros, es decir, como también sucede ahora, de los pertenecientes a las otras tribus. Y de ella, de esa revolución, nacieron las nociones modernas de *hombre*, de *ser humano*, de *humanidad*.

Pues Dios, el Dios monoteísta es, a partir de su reformulación greco-latina, es decir, cristiana, un dios internacional, supranacional. ¿O preferirán que le llame *internacionalista*?

Es decir, en cualquier caso: el primer Dios no tribal.

### Nietzsche: la muerte de Dios y los hombres superiores

Es posible que ustedes no crean en Dios, pero deberán reconocer su indiscutible utilidad pues, si quitan a Dios, ¿cómo podrán argumentar la igualdad de todos los seres humanos?

Pero seguramente, aún reconociendo no sin ciertas cavilaciones esa utilidad en el pasado, puede que ya la crean del todo innecesaria.

Ahora bien, ¿en qué se fundan? Pues, les insisto, nada, en lo real, elimina la desigualdad evidente que se da entre todos y cada uno de los hombres. Ni un solo argumento objetivo, racional, ni un solo hecho experimental puede ser aducido en ese sentido.

Y por cierto que la referencia fundamental del pensamiento de la deconstrucción, Nietzsche, investido como Zarathustra, lo tenía muy claro y sacó de ello todas sus consecuencias:

“«¡Hombres superiores! –asegura la plebe, haciendo guiños–, ¡no existen hombres superiores! Todos somos iguales, y un hombre vale lo mismo que otro. ¡Ante Dios –todos somos iguales!»

Ante Dios. Mas ese Dios ha muerto ya. ¡Hombres superiores, ese Dios ha sido vuestro mayor peligro!

No habéis resucitado sino desde que él yace en la tumba. Sólo ahora llega el gran mediodía. ¡Ahora el hombre superior se convierte en señor!”

“¡Vamos, adelante, hombres superiores! [...] Dios ha muerto. Ahora nosotros queremos que viva el superhombre!”<sup>2</sup>

Nietzsche tenía, sin duda, razón: si aceptamos que Dios ha muerto, ya nada podrá limitar los derechos de los hombres superiores, es decir, de los fuertes, sobre los débiles.

Saben ustedes que Nietzsche despreciaba profundamente al socialismo. Pero no sé si saben que en el fundamento de ese desprecio había una clara percepción: la de que el socialismo era una de las formas de lo que él llamaba “*el cristianismo latente*” que sobrevivía en el mundo moderno, y cito textualmente, “*incluso donde ya no se pudo vender la forma dogmática del cristianismo*”.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> NIETZSCHE, Friedrich: 1883, *Así habló Zarathustra*, Orbis, Barcelona, 1982, p. 225.

<sup>3</sup> “Incluso donde ya no se pudo vender la forma dogmática del cristianismo. La peligrosidad del ideal cristiano radica en su sentimientos valorativos, en aquello que puede prescindir de la expresión conceptual: mi lucha contra el cristianismo latente (v.gr. en la música, en el socialismo).” Friedrich NIETZSCHE: *Lenguaje y conocimiento*.

### Dios en la Modernidad: el mundo razonable

Pero ustedes podrían objetarme: ¿cómo fue entonces posible que, durante buena parte del siglo XIX, la idea de igualdad de los hombres pudiera prosperar en el contexto caracterizado por la extensión del ateísmo?

Explicarlo requiere una cierta reflexión sobre el proceso de emergencia de esa razón ilustrada sobre la que se fundó la Modernidad. Procuraré hacerlo lo más brevemente posible.

Quisiera recordarles en primer lugar algo que se olvida con frecuencia: que los ilustrados no negaron la existencia de Dios. Rechazaron, eso sí, la religión, pero fueron, en su mayoría, teístas, con sólo alguna notable excepción a la que volveré en seguida. Fue sólo en el siglo XIX cuando el ateísmo empezó a extenderse de una manera significativa.

Pues bien, el que los ilustrados fueran, aunque irreligiosos, teístas no era sin más un vestigio del pasado: respondía, por el contrario, a muy buenos motivos. Pues fueron ellos los que afirmaron, contra toda la tradición antigua, la idea de que el mundo, es decir, lo real, estaba, en sí mismo, habitado por la razón. Es decir, que poseía esa propiedad que, desde antiguo, se había atribuido a Dios, en tanto fundamento mismo de la racionalidad. Esa había sido, por lo demás, la gran apuesta cartesiana. De manera que afirmar la razonabilidad esencial del mundo era reconocer en él las propiedades mismas de Dios: de ahí ese vago panteísmo del que participaron los ilustrados.

Ahora bien, una vez que la idea de que el mundo es en sí mismo razonable –y, por eso mismo, los hombres naturalmente buenos e iguales–, se impuso, la idea misma de Dios comenzó a hacerse innecesaria y, en seguida, a extinguirse progresivamente.

Pero la cosa no podía durar. Así, un buen día, llegó el segundo principio de la termodinámica: el mundo real se descubrió entonces caótico, irracional, carente de sentido. Dicho sea de paso, nadie desde la filosofía lo vio tan claramente como Nietzsche. Y este ha sido, después de todo, el motivo de fondo de la deconstrucción: evidenciar en qué medida la concepción de un mundo razonable y de un hombre igual y bueno suponía la supervivencia implícita de la idea de ese Dios en el que sin embargo se afirmaba no creer.

### Desmitologización

Y desde entonces Occidente inició un experimento antropológico nunca antes ensayado: el de construir la primera civilización totalmente desprovista de mitos.

Nosotros los occidentales, modernos, posmodernos, no creemos en mitos. Y estamos satisfechos de ello, en ello ciframos nuestra superioridad sobre todos los otros pueblos.

Ahora bien, entonces, ¿en qué creemos? Creemos en la razón, en la ciencia, en la objetividad. Es decir: no creemos en nada; pues eso no es, en rigor, creer, sino constatar; constatamos lo que hay, lo contamos, lo medimos, calculamos su valor de cambio.

Lo que conduce nuestro pensamiento a una tautología extrema: hay lo que hay. Tautología que, conviene añadir, nos abole, nos aliena como sujetos: pues en ese mundo de objetos objetivos, objetivados, no queda lugar alguno para nuestra subjetividad –para algo de la índole de eso que nuestros antepasados llamaban *alma*.

Ahora bien, quisiera llamarles la atención sobre la ingenuidad radical de la modernidad. Consiste en esa idea según la cual si suprimimos los mitos, habremos suprimido lo irracional. Una idea, por lo demás, sólo derivada de esa postulación, no menos ingenua, de la racionalidad intrínseca de lo real.

### La muerte de Dios y el advenimiento del superhombre

Sucede que, a pesar de todo, lo irracional, es decir, lo real, sigue ahí, en forma de ese cosmos sin sentido que nos rodea. Pero no sólo ahí. También sigue aquí, dentro de nosotros mismos, en forma de pulsión.

De manera que al suprimir los mitos –al recusarlos– lo único que hacemos es suprimir las vías que hasta ahora nos han permitido manejar, construir vías simbólicas para conducir esa pulsión irracional que nos habita.

Nietzsche fue, sin duda, un gran pensador. Y por cierto que uno de los pocos realmente materialistas. Por ello –y, cabe añadir, porque era filósofo– no dijo nunca esa banalidad según la cual “*Dios no existe*”, sino

que afirmó algo más concreto, más materialista y más dotado de sentido histórico. Dijo: *"Dios ha muerto"*.

De manera que, antes de eso, estaba vivo.

En todo caso, el siglo XX ha sido en buena medida el escenario de esa muerte de Dios: sin ella hubiera sido muy difícil imaginar la doble hecatombe causada por el nazismo y el estalinismo, los dos grandes esfuerzos colectivos puestos en marcha por Europa para realizar el proyecto del superhombre.

Pero no es sólo eso lo que nazismo y estalinismo compartieron. Compartieron, también, dos cosas más: me refiero tanto al nacionalismo como a la paranoia.

Los suyos fueron, propiamente, estados paranoicos simultáneamente cohesionados sobre el amor a la madre patria y sobre el odio a aquellos que no eran sus hijos y que amenazaban su integridad imaginaria.





Dicho en otros términos: ni Hitler ni Stalin creían en Dios. Pero creían en la Madre Patria: una suerte de diosa tribal que no cesaba de reclamar sacrificios sangrientos.

El exterminio de los judíos, de los campesinos soviéticos y, por el camino, de toda oposición, fue, sin duda, un sacrificio debido a la Madre Patria. Y de la misma índole es ese siniestro llamado al goce con el que aquí hemos venido conviviendo las últimas décadas –recuérdelo: *¡Eta: mátalos!*



Esos sacrificios eran la primera de las condiciones para que ella, esa diosa suprema, llegara finalmente a parir a los superhombres, a esos hombres nuevos, soberanos, libres de toda culpa –pues, recuérdelo, la culpa y la deuda habrían muerto con el Dios patriarcal.



### La diosa

Sobre esto quiero llamarles la atención: sobre el hecho de que, contra lo que imaginaba, ingenua, la Modernidad, la muerte de Dios no ha con-

ducido al reinado de la racionalidad, sino a la entronización de diosas mucho más antiguas.

Y, hay que añadir, diosas de la locura –han observado cómo la locura asaltaba al protagonista de *Metrópolis*– y, además, mortíferas.

Y eso, por cierto, comenzó a suceder en quien fue el más materialista de los ilustrados y el primero de los deconstructores: el Marqués de Sade. En su obra asistimos ya a la emergencia de cierta figura omnipotente destinada a ocupar el lugar ausente del Dios patriarcal:

“Toda forma es igual a los ojos de la naturaleza, nada se pierde en el inmenso crisol donde se ejecutan sus variaciones. [...] sea cual fuere nuestro comportamiento a este respecto no la ultraja, no podría ofenderla. Nuestras destrucciones reaniman su poder: entretienen su energía y ninguna la atenúa. Ninguna la contraría [...] ¿Qué importa a su mano, siempre creadora, que esa masa de carne que hoy adopta la forma de un individuo bípedo se reproduzca mañana bajo la forma de mil insectos diferentes? [...] ¿Si el grado de apego o, mejor, de indiferencia, es el mismo, qué puede importarle que la espada de un hombre convierta a otro en mosca o en hierba? [...] Todos aparecen hoy bajo una forma y unos años después bajo otra... sin que por ello quede afectada ninguna ley de la naturaleza...”<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Marqués de SADE: 1788 / 1791 *Justine*, traducción Pilar Calvo, Madrid, Fundamentos, 1976, p. 81. Uno de los libertinos sadianos, el señor de Bressac, es quien, en *Justine*, hace su apología.

Así, denunciado el Dios padre cristiano como una quimera, una nueva diosa, la Madre Naturaleza, comenzó a ocupar su lugar como la divinidad misma de lo real.

Y eso mismo hubo de suceder allí donde Nietzsche proclamó la muerte de Dios. Pues el mismo Zarathustra que no deja de parodiar el discurso religioso cada vez que denuncia a Dios y a sus sacerdotes, utiliza, sin parodia alguna, ese mismo discurso cada vez que se refiere a la Tierra.

Es de ella, en ausencia de padre alguno, de donde nacerá el superhombre –“*El superhombre es el sentido de la tierra.*”–; de ella procede la voluntad –“*Nada más alentador, oh Zarathustra, crece en la tierra que una voluntad elevada y fuerte: ésta es la planta más hermosa de la tierra.*”–; a ella a la que se debe toda fidelidad –“*Permaneced fieles a la tierra y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobreterrenales!*” –; ante ella se debe sacrificio: –“*Yo amo a quienes, para hundirse en su ocaso y sacrificarse, no buscan una razón detrás de las estrellas: sino que se sacrifican a la tierra para que ésta llegue alguna vez a ser del superhombre.*”–; a ella deben rendírsele honores –“*El yo aprende a hablar con mayor honestidad cada vez: y cuanto más aprende, tantas más palabras y honores encuentra para el cuerpo y la tierra.*”–; ella

encarna y define las virtudes –“Una virtud terrena es la que yo amo...”–; a ella se le debe amor –“¡Ojalá hubiera permanecido en el desierto, y lejos de los buenos y justos! ¡Tal vez habría aprendido a vivir y a amar la tierra – y, además, a reír!”–; contra ella no se puede blasfemar –“Que vuestro morir no sea una blasfemia contra el hombre y contra la tierra.”–, pues de ella procede la verdad –“Habla verdaderamente desde el corazón de la tierra.”– y la felicidad –“¿Que qué busco yo aquí?, respondió aquél: lo mismo que tú, jaguafiestas!, a saber, la felicidad en la tierra.”, dado que su corazón es de oro –“El corazón de la tierra es de oro.”

Y finalmente esa diosa a la que se debe devoción se descubre como lo que es: la madre tierra: “Así quiero morir yo también, para que vosotros, amigos, améis más la tierra, por amor a mí; y quiero volver a ser tierra, para reposar en aquella que me dio a luz.”

Como ven, en el mismo momento en que Dios muere emerge, y nada menos que en el discurso mismo de los maestros de la deconstrucción, la Diosa Tierra.

¿Y no es esa, después de todo, la diosa que reina en el escorar naturalista de la literatura y el teatro del siglo XIX y comienzos del XX? Sólo dos referencias: *Nana*, de Zola, o Molly esa mujer que reina en el capítulo que cierra el *Ulises* de Joyce.

Demolido el Dios de la Ley simbólica, es la ley –caótica– de la Naturaleza la que impone su diapason loco a los universos naturalistas.

¿No pertenece a ese mismo registro la deriva final del psicoanálisis lacaniano, en la que, a la vez que se deconstruye toda simbólica de la función paterna, se realiza la apología de un goce femenino que se postula exterior al orden fálico y, en esa misma medida, inmune a intervención alguna del varón? Y en la que, finalmente, el hombre queda sumido en la más crasa impotencia, aterrizado por ese vacío que le aguarda en el interior mismo de la diosa.



Lo están viendo ustedes: de esa misma índole es la divinidad femenina que reina en el universo buñuelesco.



Pero no sólo en él: es posible rastrear su presencia en el núcleo más intenso y opaco de otras grandes figuras de la vanguardia: Eisenstein, Lang, Murnau, Dreyer... Y habrá de constituir, en su momento, la divinidad oscura que reinará en el universo del cineasta que mayor éxito de público llegó a cosechar a lo largo de todo el siglo XX.



La obra cinematográfica de Alfred Hitchcock es, en buena medida, la historia de la emergencia de esa misma divinidad femenina que regirá los tiempos de la locura y que alcanzará su expresión máxima en *Psicosis*.

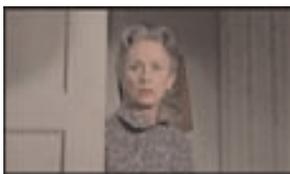
Y, sobre todo, en *Los pájaros*:

Pues es de la casa de la madre de donde proceden los pájaros de la locura, cada vez que alguien pone en duda su reinado absoluto sobre sus hijos.



Los pájaros son, por tanto, fuerzas locas de devoración que realizan su reinado.

Y no deja de ser notable que la paloma blanca del Espíritu Santo haya sido sustituida –primero en Poe, luego en Hitchcock– por el cuervo negro de la Diosa madre.



Dios ha muerto, el patriarcado se ha derrumbado.



*Bob: Yo ... lo probaba todo, tomaba cualquier esteroide. Diabanol, Wisterol... Dios, eso es lo que les dan a los caballos de carreras. Ahora estoy en la bancarota, divorciado. Mis hijos ya son adultos y ni siquiera responden mis llamadas.*

No hay duda. Este un padre desmoronado.



*Protagonista (off): Bob. Tenía tetas de tía. Era un grupo de apoyo para hombres con cáncer de testículos.*



*Protagonista (off): La enorme mole que me babeaba encima, ése era Bob.  
Bob: Seguimos siendo hombres.  
Protagonista: Sí, somos hombres. Hombres es lo que somos.*



*Protagonista (off): A Bob le habían extirpado los testículos y tratado con hormonas. Le salieron esas tetas porque tenía exceso de testosterona y su cuerpo aumentó el estrógeno. Ahí entraba yo...*

*Bob: Tendrán que drenármelas otra vez.*

*Protagonista (off): Entre esas gigantescas tetas sudorosas que colgaban enormes, como te imaginarías las de Dios.*

*Las tetas de Dios.* Es decir: un Dios femenino, materno, comparece presidiendo el derrumbe del padre. Su presencia en la psicosis puede localizarse ya en el caso del Presidente Schreber.

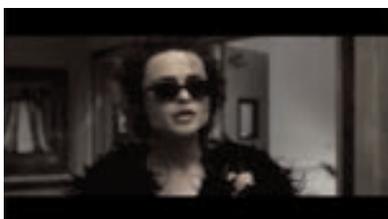
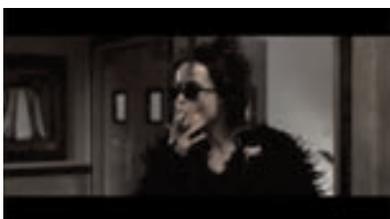
Y es, por lo demás, una diosa negra la que emerge en el momento de este desmoronamiento:



*Protagonista: Encontrarme allí, apretado contra sus tetas, dispuesto a llorar, eran mis vacaciones.*



*Protagonista: Entonces ella lo estropeó todo.*



*Marla: ¿El cáncer es aquí?*

### La Diosa y la Psicosis

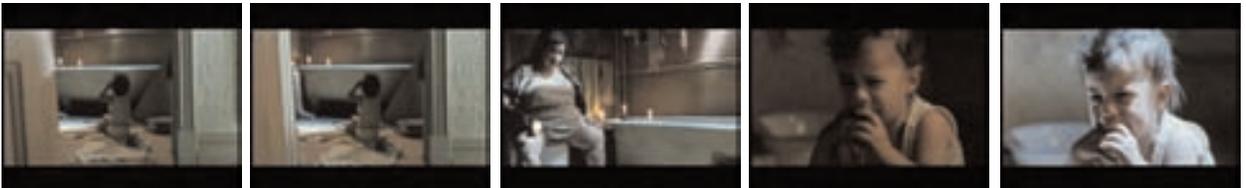
No se nos malentienda: sin duda, el siglo veinte ha sido el siglo de la liberación de la mujer, el de la conquista de sus derechos jurídicos y sociales que constituyen adquisiciones irrenunciables para el conjunto de la especie humana.

Pero ello no debería llevarnos a ignorar la índole inexorablemente dialéctica de los procesos históricos y culturales. Todo cambio, por muy positivo que sea en sí mismo, puede arrastrar efectos imprevisibles en

cierto ámbito inesperado. Era lógico que el movimiento emancipatorio de la mujer condujera a hacer hincapié en las condiciones vejatorias de su sometimiento. Pero un excesivo énfasis en este aspecto ha llevado a ignorar su contrapartida. Me refiero a un hecho evidente y que sin embargo resulta inconcebible e inarticulable para los discursos de la modernidad.



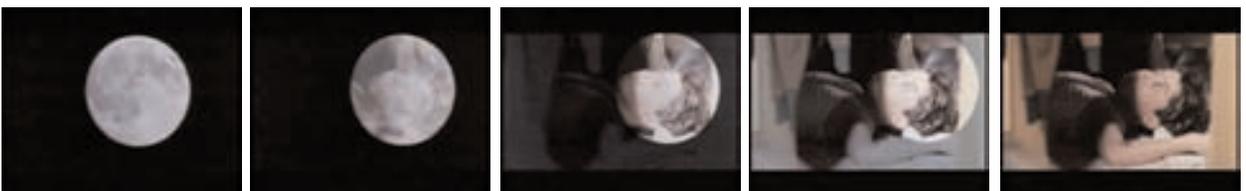
*Leolo (en off): Hasta donde alcanza mi memoria, los olores y la luz habían soldado mis primeros recuerdos. Mi abuela había convencido a mi padre de que la salud florece al cagar.*



*Madre: Shhhh. No llores, cariño. Haz como mamá. Empuja Leo. Empuja. Empuja, amor mío.*

Se trata de uno tan sencillo como éste: que en el ámbito de las relaciones interhumanas no existe relación más desigual, es decir, también, forma más absoluta de poder, que la que se establece entre la madre y su bebé.

Y cabría añadir: que esa relación tan acentuadamente desigual no cesa de incrementarse en la misma medida en que se desmorona el prestigio y el vigor de la única institución social que puede introducir en ella freno y contención: la función paterna.



El desmoronamiento psíquico de Léolo, ese que le conducirá a su final crisis catatónica, está directamente motivado por el derrumbe de la función paterna, y, en esa misma medida, por el poder ilimitado que sobre él posee su madre:



*Mi padre era tan alentador como un entrenador de béisbol.  
Léolo (off): La mierda lo enorgullecía como si yo volviera de la guerra.  
Padre: ¡Estupendo! ¡Muy bien!*

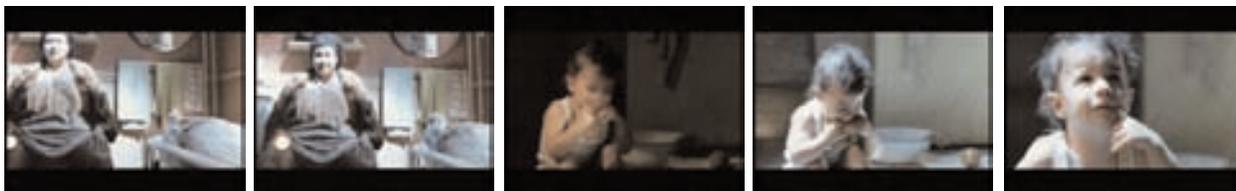


*Madre: Mi amor.*



*Madre: Mi dulce amor.  
Léolo (off): Era cálida y amorosa. Me gustaba que me abrazara entre sus  
grasas. El olor de su sudor me tranquilizaba.*

Un poder absoluto, primario, carnal, terrenal:



*Madre: Haz como mamá. Empuja. empuja. Empuja, amor mío. Shhh. Shh.*



*Madre: Shhh. Shhh. No llores, cariño. Haz como mamá, amor mío. Haz  
como mamá. Shhh. No llores, cariño.*



*Haz como mamá.*

Y bien, en el contexto de esa relación brutal, brutalmente avasalladora en ausencia de toda mediación paterna,



*Lecter: Dígame, senadora, ¿crió usted misma a su hija Catherine?*

¿por qué no ensayan a pensar a Annibal Lecter, el psicópata, como una respuesta y una venganza contra el reinado de esa diosa?

Desde luego, él no usa la boca para pronunciar palabras, sino para devorar a aquella cuyo cuerpo, en el origen, le sometió a su dominio carnal absoluto.



*Senadora: ¿Cómo? Lecter: ¿Le dio usted el pecho? Paul: Oiga, un momento.*



*Senadora: Sí, le di el pecho.  
Lecter: Se le resecaron los pezones, ¿no?  
Paul: ¡Hijo de puta!*



*Lecter: Cuando a uno le cortan una pierna sigue notando que le pica.*



*Doctor Lecter: Dígame, mamáíta, ¿qué le picará cuando su hija yazga muerta en la camilla?*

¿No les parece? ¿No creen que el aumento de la violencia contra las mujeres esté en relación directa con el reinado de esa diosa materna que ha ocupado el lugar dejado vacío por el Dios único patriarcal?

Pues yo diría que la cosa es evidente:



¿O acaso Buffalo Bill no venera tan intensamente a esa diosa, no se identifica tan absolutamente con ella que asesina mujeres para poder hacerse un vestido femenino con su piel?

## El Dios de Miguel Ángel



*Madre: No llores, cariño. Haz como mamá.*

Volvamos a Léolo: la suya no es, desde luego, la vía del psicópata. Él, por el contrario, es un pequeño héroe que trata de escapar a la esquizofrenia que sin embargo ha comenzado ya a desencadenarse.

Bien, ¿qué presencia dirían ustedes que reclama para contener ese brutal poder avasallador?

¿La del padre? Sí, sin duda. Pero no sólo eso: también la del fundamento mismo sobre el que durante siglos se ha anclado en Occidente la función paterna.

Es decir: Dios. Escuchen la letra de la canción: es lo suficientemente precisa.



*(Off): Gloria a Dios en las alturas. Y en la tierra, paz a los hombres. Paz a los hombres que ama el señor. Gloria a Dios, en las alturas. Y en la tierra, paz a los hombres que ama el señor.*

*Leolo (en off): Este era el domador de versos. El domador se pasaba las noches hurgando en todas las basuras del mundo. Sólo le interesaban las cartas y las fotos.*

Permítanme una última pregunta: ¿por qué este venerable anciano posee una mirada compasiva y triste y una barba blanca?

Pues bien, yo les diría que por el mismo motivo por el que el film comienza con la imagen de ese paradigma del humanismo que es el *David* de Miguel Ángel:



Quiero decir: los rasgos del Domador de versos son, después de todo, muy semejantes a los del Dios de Miguel Ángel:



Y es el suyo, el de Miguel Ángel, un Dios que funda al hombre, sin duda,



pero es a la vez uno que sólo existe en la medida en que las mujeres lo desean



y, desde luego, en la medida en que los hombres lo sostienen:



Pues, en caso contrario ¿Cómo podría existir?

De manera que, amigos míos, si Dios está vivo o muerto eso es, sencillamente, responsabilidad nuestra.